

género denominado 'Cabalá'. La séptima conferencia ('Yitsac Luria y su escuela', págs. 269-311) está dedicada al último movimiento religioso judío (el de Yiṣḥaq Luryâ y sus seguidores) que acabó por calar hondo en el seno de los distintos sectores del pueblo judío, a base de una interpretación mística del 'exilio' y la 'redención', los dos vectores místicos que apuntan hacia la divinidad mediante la reforma mesiánica. La penúltima conferencia ("Shabetaísmo y herejía mística", págs. 313-350) se centra en la 'nueva escuela de Safed' de la segunda mitad del siglo XVII en la que la 'armonía cósmica' da paso al mesianismo a través de sus más conspicuos representantes, Sabbetay Nebî y Natán de Gaza. La última conferencia ("El ḥasidismo: la última etapa", págs. 351-377) se detiene en esta última etapa del misticismo judío, representada por los ḥasidîm polacos y ucranianos de los siglos XVIII y XIX e instaurada por el santón místico Israel Ba'al Šem, y que ha generado un ingente caudal bibliográfico. El libro se completa con el aparato crítico (págs. 379-443), la bibliografía (págs. 445-459) y un índice analítico (págs. 461-476).

Estamos ante un clásico (en pulcra, cuidada y exquisita traducción de Beatriz Oberländer) por el que no ha pasado el tiempo (más de un lustro nos separa): no sólo aún no ha sido superado, sino que además los presupuestos, dispuestos con absoluta y total maestría por Scholem, siguen generando continuas vías e hipótesis de trabajo en las investigaciones contemporáneas. A todo este 'trazado de la mística judía' realizado por el autor hay que unir la perspicacia que caracteriza, define y arropa su espíritu analítico: no sólo airea y reestructura la historia y la religión judías, sino que abre la ventana a los continuos enigmas que pueblan la topografía de este inmenso campo de la mística judía a la que Scholem supo entender, situar y estudiar como nadie hasta ahora.

JUAN PEDRO MONFERRER SALA

YABRA IBRAHIM, Yabra, *El primer pozo. Capítulos de una autobiografía*. Traducido del árabe por María Luz Comendador y Luis Miguel Cañada, Madrid: ediciones del oriente y del mediterráneo, 1998, 316 págs. (Colección 'memorias del mediterráneo', nº 5).

Aún resuenan en mis oídos las voces de los personajes, y por mi mente no cesan de correr las imágenes con las que acompañé, página a página, línea a línea, palabra a palabra, las distintas secuencias que su autor recrea a lo largo del libro ¡Y cuánto tiempo había pasado desde que disfrutara realmente con la lectura de un libro! El 'panorama letrístico' de occidente (salvo alguna excepción) ya me tenía desde hacía bastante tiempo cansado: la excesiva ten-

sión narrativa (fruto, ¡cómo no!, de la voraz política del marquetin editorial), los aburridísimos y demagógicos brochazos ideológicos, hijos de un resfriado mal curado como consecuencia del excesivo poder ejercido por la 'filosofía institucionalizada' procedente de los círculos de la pseudointelectualidad activa, que desde comienzos de este siglo, sobre todo, ha campado por el mundo de la Literatura, acabando por seducirla, domeñarla y violarla, pero sin ofrecer (o muy poco, en todo caso) a cambio goce alguno.

No es que pretendamos sostener que una obra (pongamos por caso una novela, que es lo que aquí nos ha traído) deba estar desprovista de eso que la 'progresía cultural' de los últimos cuarenta años ha venido denominando como 'ideología'. No, no es eso. De lo que se trata, en todo caso, es de reivindicar la esencia propia de lo narrado: dicho de otro modo, que el 'sustrato ideológico' en el que naufrage el autor, o sus mismas miserias cotidianas no acaben por anular la naturaleza misma del hecho narrado. En el caso de que eso sea lo que busque el lector, basta con acudir a los seriales político-intelectuales que sirven los distintos medios de formación de masas a diario.

¡Que hable el personaje por su propia boca! Eso es lo que yo venía pidiendo desde tiempo atrás. No me interesaba el autor, el título tampoco, menos aún la procedencia geográfica, y nada su ideología. Que personaje(s) y naturaleza, y los hechos también, fueran capaces de apoderarse del verbo con que les oprime el autor y así crear el proyecto (¿no es eso, acaso, lo que también significa *logos*?) que hiciese andar a la narración. Esa es la verdadera revolución que aún les resta hacer a los novelistas: que dejen de hablar por boca de otros (generalmente los que conforman la 'tradición del aparato político-cultural') para permitir que la narración esté viva y no yerma, muerta de antemano.

En cierto modo eso es lo que me he ido encontrando, a retazos, por entre las páginas de esta excelente novela autobiográfica, en la que el autor (y he ahí la paradoja, y no filosófica por cierto) se deja hablar a sí mismo en todo momento: no escribe lo que va a pasar, no, son los mismos acontecimientos los que le desbordan continuamente, lo que le permite al personaje (él mismo) trazar su propio itinerario. El personaje se yergue por encima del narrador, eliminando esa supradimensión que acaba por caracterizar a la mayoría de las novelas y los relatos con que nos vienen fustigando la mayoría de escritores.

Interesado, en un primer momento, en 'contarnos' sus diecinueve primeros años, Yabra Ibrahim Yabra acaba por contentarse con llegar hasta los doce, cuando se traslada con toda la familia a Jerusalén, en 1932.

Lo realmente interesante del relato es que a nuestro autor no le interesa la historia de esos años cruciales en Palestina (donde el tufo sionista centroeuropeo ya apestaba con intensidad), ni tampoco los de su propia familia: lo que

realmente le interesa a él, al personaje claro, que se hace dueño de la situación desde los primeros renglones, es la propia y exclusiva vivencia del individuo como elemento del entorno que le rodea. La técnica empleada para ello es una de las propias del género autobiográfico, aquella de tipo lineal a base de expansiones circulares que van conformando los distintos tramos narrativos. La diversidad de las expansiones se suceden de forma y manera vertiginosa, viéndose a su vez enriquecidas por múltiples situaciones transicionales y descriptivas: las distintas casas por las que va pasando; la ciudad de Belén; la escuela greco-ortodoxa; la enfermedad de la madre; el titirimundi; la Semana de Pasión, la Cuaresma y la Pascua de Resurrección; los ritos y las iglesias de Belén; la emigración, la pobreza y la I Guerra Mundial con las desastrosas consecuencias que trajo para toda Palestina; el mercado de los sábados; el Covento de nuestro Padre San Antón; el cine; los botines; los zingaros y el circo; las historias de Naom; el terremoto habido en Jerusalén y la venida del Patriarca Elías III; la primera visita a Jerusalén; la historia del hermitaño Málík; su hermano Yúsuf; el ingreso en la "Escuela Nacional de Belén"; los primeros contactos con la poesía; la enfermedad del padre; la visita a Herodion; los libros y la literatura y, finalmente, el traslado definitivo a Jerusalén, su ingreso en la "Escuela Rashidía" y la muerte de su hermana Susán a los nueve años de edad.

Todo ello aparece sabia y exquisitamente hilado donde la sencillez, la ternura y el amor a la palabra (la del personaje siempre) cobra fuerza y vigor a medida que las planas se van sucediendo y superponiéndose unas a otras. Todo en esta novela bulle desde el interior mismo del personaje y la naturaleza fundidos en un mismo y único elemento, la palabra. El tiempo es un presente eterno, nada va y vuelve, nada está ausente, al futuro apenas si se le alude (en un par de ocasiones y como una suerte de nostalgia prospectiva) todo está presente, la acción depende en todo momento del personaje, nunca del autor: éste debe dejarse llevar, siempre y en todo momento, por el surco trazado por aquél.

Pero cumple, además y aunque sólo sea de soslayo, decir algo del autor y de los traductores al español. Nacido en Belén en 1920 y fallecido en Bagdad en 1994 -ciudad que ni la soberbia ni la estulticia del decadente espíritu americano (verdadera y única religión de éstos, cuyo catecismo es su exportada *American way of life*), le hizo abandonar- es hijo de una familia ortodoxa de rito siríaco que, además de como novelista, destaca sobre todo como ensayista, y también como poeta, pintor y traductor de Shakespeare, entre otros autores, al árabe. Sus estudios iniciados en Belén y proseguídos en Jerusalén fueron continuados en Cambridge y Harvard gracias a una beca concedida por el "Colegio Árabe" de Jerusalén. Como escritor, este palestino destaca por la

finura y la esbeltez de estilo no sólo a nivel narrativo sino en la poesía también, todo ello adobado con una alta dosis de formación académica y personal en el mundo literario.

De los traductores, y por aquello de la objetividad (cosa esta última que no alcanzo a saber qué demonios es), yo no debería decir nada porque ambos son amigos míos, pero algo diré desafiando a las rancias normas del academicismo normativo. A nadie deberá extrañar que afirme (y ello sin echar ni una sola ojeada al texto árabe, que por otro lado no tengo a mano) que la traducción es excelente, yo diría que soberbia y esplendente. La elección del léxico en español resulta exquisito y delicado, la sintaxis fluye con delicadeza, ritmo y tersura, las frases hechas, las traducciones de sobrenombres, topónimos y antropónimos (un solo caso cambiaría en estos últimos: en lugar de Luis Shaiju, yo hubiera vertido como Luis Cheijo, que es como está sobrada y bien adaptado desde hace años, aunque esto es minucia y además criticable a ciertos niveles) hacen que el texto gane en elegancia y brillo y donde el nivel de lengua aparece en todo momento perfectamente adaptado en español. No encuentro más calificativos para decir de forma más clara y con voz más alta que la traducción de María Luz Comendador y Luis Miguel Cañadas es apabullante, digna de figurar entre las mejores traducciones hechas al español; no en vano, y a este respecto, me avala el que su traducción de esa otra magnífica novela autobiográfica de Abderrahman Munif, *Memoria de una ciudad*, fuera propuesta para el 'Premio Nacional de Traducción' el año 1996.

No quiero ni puedo decir más, esperando que quien esto lea se atreva a abrir la puerta de este libro y se adentre en su interior, disfrutando como yo lo he hecho, aprendiendo como lo he hecho yo. Sólo me resta dar la enhorabuena a los dos traductores, deseando que sigan vertiendo al español todas aquellas obras de la literatura árabe que en sus manos logren encallar, y extenderla a Gonzalo Fernández Parrilla, director de la colección 'memorias del mediterráneo', por su tesón y empuje en la misma, así como a la labor traductora de los otros miembros colaboradores en los volúmenes de esta misma colección.

JUAN PEDRO MONFERRER SALA

ZAFZAF, Muhammad, *La mujer y la rosa* (título original: *al-Mar'a wa-l-warda*). Traducción de B. Molina Rueda y Z. Louassini, Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional (Colección "Autores Árabes Contemporáneos", núm. 20), 1997, 127 págs.

Muhammad Zafzaf es posiblemente, si no el escritor más revolucionario del panorama literario marroquí de las últimas décadas, sí al menos uno de los